HERNÁN LAVÍN CERDA

TETRÁGONO CON ALGO DE HUMOR

ULTRATUMBA

Después de tantos años, sólo crees
en la democracia de la vida de ultratumba
donde se supone que no existirá, tumbas adentro,
la explotación del muerto por el muerto.

Pasan los años, después de tantos, y la muerta
se subirá al cadáver de su muerto:
emplumada se sube, amorosa o suspicaz, culebreando,
y lo besa en los labios, ya sin miedo, lo besa con júbilo
y de pronto le muerde la lengua, ven a mí, se la muerde,
no te duermas, ven a mí, culebreando se la muerde
hasta la consumación de los siglos.

—Qué falso es todo, amor mío —solloza la muerta y sonríe
después de quitarse lentamente las medias—:
qué falso, no te abandones, nunca te dejes morir, no me abandones,
qué falso y hermoso es todo esto.

—Qué final, Dios mío, qué final —suspira el cadáver bajo la lluvia
y va respirando con la inocencia de un mamífero
que recién ha descubierto el amor, aquel amor de siempre,
en la democracia de la vida de ultratumba
donde se supone que no existirá, tumbas adentro,
la explotación del muerto por el muerto.

UNA VISITA AL MATADERO

Con golpes de cachiporra en la cabeza
del vacuno que brama como si fuera un niño,
con ese ruido de piedra hueca o de tambor pudriéndose
después de la elegancia de un solo macanazo,
hasta que el matarife pueda obscenamente
descubrir las bellas o malas artes de la carne
dispuesta al sacrificio para el abasto público.

Delirio de precisión de la cachiporra
en los mataderos de Santiago de Chile

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

donde se practican las ciencias ocultas de la carnicería
como si fuesen galas del trovar:
ocultismo en el ojo
que colgará del verdugo extraviándose de órbita
junto al holocausto del ternero de la vaca más antigua.

Cómo olvidarnos del bramido de los toros
degollados en el patio
donde sólo se escucha el zumbido de una piedra hueca
o el chorro de agua que salta de los grifos:
un poco más allá se descuelgan las ubres de sus vacas
como la solitaria bombilla del estudio de Francis Bacon.

No interrumpe su vuelo de guadaña esa cachiporra:
del hocico al testuz, del testuz a la espiral sin oxígeno
como si fuera taladro eléctrico, lezna de acero,
casi mítico punzón de las trepanaciones.

¿Cómo olvidarnos del cuchillazo póstumo en medio del corazón?
Ya no braman los toros, el miedo enceguece a las terneras
y las últimas vacas escuchan la voz del matarife
invitándolas a sumergirse en la hipnosis del degolladero.

1979, tal vez en Octubre,
y el fuego de aquella espiral
sin oxígeno —el látigo— sin oxígeno,
que llegó a Coyoacán desde el sur
de América, una América esfumándose.

SOBRE UNA CAMA ORTOPÉDICA

Algunos dicen que Nonata Pedroso nació en Pernambuco,
y ella jura que tuvo relaciones
con el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo
sobre una cama ortopédica.

—Eres la puritana mística —me dijo Él
con una voz tan suave
como el roce de las alas de un colibrí
contra mi pecho lleno de leche.
Eres la puritana más láctea de todo el Universo,
me dijo riéndose como un enano de mirada perdida
al que acaban de rozar, más allá del crepúsculo,
con alas de colibrí que tiemblan como la cama ortopédica.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Él me decía no puedo más, éste es el fin.
Yo le dije no te arrepientas, casi todo perdura.
Él me decía no puedes más, ¿por qué te has vuelto heroica?
Yo le dije lo que tú digas, pero no te arrepientas.

Él me besó tres veces, dijo no te apresures, éste es el fin.
Yo le mordí sus labios, tres veces, la trinidad en sus labios,
pero no tuve el valor para decirle tu boca es mía, sólo mía.

Verano de 1987,
con lluvia y algunos pájaros,
casi de noche.

LA CAJITA DE MÚSICA

Si ustedes son buenos y observan con algún interés,
verán que este envase no retornable
es una indiscutible maravilla:
se trata, como es obvio,
de un antiguo ataúd de color caoba
—el color de la elegancia, nunca el de la muerte—
con una pequeña y simpática ventana de cristal
por donde el moribundo puede no sólo sacar su lengua o su nariz
y tiene la posibilidad de redescubrir a sus deudos
que podrían derramar una lágrima
no sólo de cocodrilo, si lo quisieran
—según la antigua leyenda egipcia—,
o algunas gotas de sangre, tres gotas, por ejemplo.

Si ustedes aún son buenos, observan y no se distraen,
descubrirán que el ataúd es una cajita de música
con algunos acabados de lujo:
en su doble fondo respira el muerto
y no sabe si ponerse de rodillas
—a llorar o a reír—
como un difunto que ahora tiene muchos años
y cuya experiencia le ha permitido conocer la sabiduría de la muerte.

De pronto solloza el cadáver desde lejos,
y por la pequeña ventana del ataúd
—como si fuera la ventanilla de un avión supersónico—

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

vemos que aparece, desaparece
y aparece, sólo por algunos instantes,
toda la alegría del mundo en aquel llanto.

Entonces me separo del grupo de los parientes
y no me resigno a creer que el habitante de la cajita de música
sea mi padre con sus labios abiertos,
como cuando lo sorprendí besando a la hermana de mi madre
bajo la higuera de color caoba que, de acuerdo con la mitología,
es el color de la elegancia y de la muerte.

Los textos pertenecen a la antología poética
en preparación *La noche de las transfiguraciones.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006